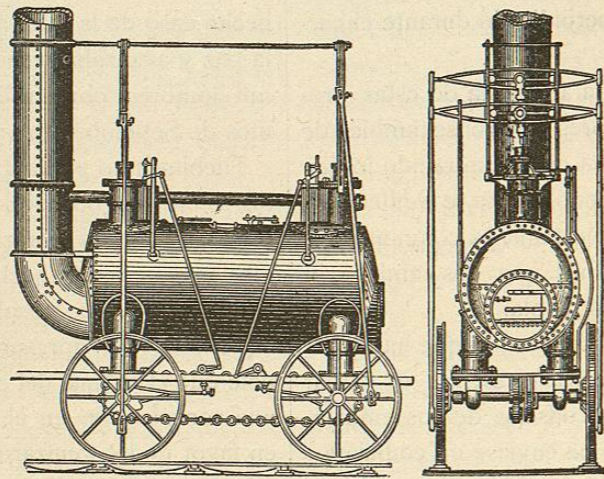


de la más que apurada situación del ejército ruso reducido á la impotencia por la peste. Así, durante unos días, se quiso negar la ratificación del Tratado y empezar de nuevo la guerra, pero se temió romper el compromiso que se había contraído por separado con Francia é Inglaterra y lo que se hizo en definitiva fué dar á Chalil-Pachá instrucciones terminantes sobre el pago de la indemnización de guerra que la Puerta declaraba no poder satisfacer en modo alguno, lo cual, además, estaba de conformidad con lo asegurado por el general Müffling sobre no deber pagarse indemnización alguna. Cuando esto supieron los embajadores, vieron ya de nuevo

la guerra en puerta y portándose entonces con un celo verdaderamente ruso, hicieron tanta presión en el ánimo del reis-effendi; que éste acabó por suprimir dicha cláusula de las instrucciones dadas á Chalil-Pachá.

Rusia, sin embargo, al retrasar el envío del conde Oslov, si no sabía á lo que se exponía, sabía muy bien lo que hacía. Lo que no quería Rusia era dejar preponderante la influencia de Inglaterra y Francia en Turquía, lo que no quería era dejar á esas potencias con apariencias de haber salvado á la Puerta, y así Oslov recibió la misión de hacerse rogar mucho y de no hacer concesiones sino cuando estuviera bien



Locomotora de Stephson del año 1815

convencido de que se habían de estimar por el sultán como hechas por la buena voluntad de Rusia. Y así sucedió que, gracias á la grande habilidad diplomática del conde Oslov, no sólo consiguió convencer al sultán que de todo lo ocurrido tenían la culpa Inglaterra y Francia, sino que Turquía no tenía más amiga que Rusia. Como por estos días había ya surgido la gran cuestión entre la Argelia y Francia, á la que ésta se apresuraba á dar solución sin decirle palabra á Turquía, es decir, al soberano del dey de Argel, el sultán pudo con esto ser más fácilmente convencido, produciéndose una crisis gubernamental que dió por resultado la subida al poder del partido ruso, teniendo que dejar el patriota reis-effendi su puesto á Hamid-Bey, subiendo Mustafá al primer puesto, lo que valió á su antecesor una orden para que hiciera su peregrinación á la Meca,—16 de Febrero de 1883.

Desde este momento, en efecto, se hubiera dicho ser verdad que Rusia era para Turquía su mejor amiga, pues no sólo rebajó la contribución de guerra á siete millones, condonando tres, sino que para el pago de los siete, convinose en que se pagara un millón

anualmente, pudiéndose abonar hasta en mercancías, prometiendo Rusia abandonar la orilla derecha del Danubio tan pronto se hubiese satisfecho á sus comerciantes la mitad de la indemnización que se les había concedido, y la izquierda ó sea los Principados, al recibir la mitad no más de la indemnización de guerra, reteniendo Rusia sólo á Silistria hasta cobrar por completo su indemnización,—20 de Abril de 1830.

Aun con esto no se pudo dar por definitiva la paz, porque en Inglaterra causó su conclusión grandísimo disgusto, lo mismo entre los hombres del partido dominante que en el comercio.

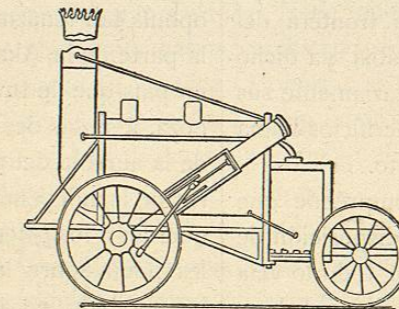
Wellington volvió á sus ideas de obtener de Europa garantías para la existencia de Turquía; Metternich se declaró desde luego dispuesto á aceptar cualquiera proposición que en este sentido se le hiciera; Metternich, escarmentado, ya no quería tomar iniciativas. Consultó la actitud de Prusia, pero Bülow acompañó la instancia de Aberdeen con una memoria en contra de esa alianza, no en favor de Turquía, sino en contra de Rusia, y Federico Gui-

llermo III se puso de parte de su embajador. Rusia se enteró de todo esto y Wellington llegó á aconsejarle que entrara en una alianza contra sí misma, pero en mal hora dió este paso el reaccionario Wellington, pues recibió tal serie de bofetadas diplomáticas de Nesselrode, que hubo de sentirse de ellas como no sintiera su misma derrota en Waterlloo si hubiera tenido esa desgracia.

Nesselrode hizo constar que jamás se había hecho guerra más desinteresada, que las adquisiciones que en Asia hacia Rusia, la que renunciaba á Kars contra el parecer de Paskewitch que quería por frontera la línea de Sangalong, eran adquisiciones que sólo interesaban la seguridad de Rusia, y que, en fin, hasta entonces no se había hecho cuestión de las adquisi-

ciones que las potencias europeas hicieran en Asia, así ella nunca había dicho palabra de lo que Inglaterra había hecho en las Indias.

Pero como siempre en Inglaterra es la cuestión de intereses lo que causa los más grandes disgustos, el enojo de Inglaterra y de los ingleses provenía principalmente de un acto que cualquiera que fuera la intención política resultaba generosísimo de parte de Rusia, que había impuesto á Turquía el libre paso y comercio del mar Negro, hasta entonces reservado á las grandes potencias, obligando al sultán á renunciar su derecho de visita, y ¡quién lo creyera! era una potencia marítima, era Inglaterra la que ahora se levantaba contra la libertad de los mares, diciendo que esto era atacar los derechos de soberanía del sultán,



Locomotora de Stephson del año 1829

cuando el motivo de la protesta y de la reclamación era que ahora tendría Inglaterra en el mar Negro por concurrentes á todas las naciones del universo, lo que no podía sufrir el liberalismo inglés. Á esto Nesselrode le respondió que Rusia tuvo que tomar sus medidas para no ver de nuevo arruinado su comercio con el cierre de los Dardanelos ó con el abuso del derecho de visita, de modo que á Rusia no le quedaba más que uno de estos dos caminos, ó bien la libertad para todos, porque siendo para todos, Turquía no podría en lo futuro faltar á ese artículo del tratado de paz de Andrinópolis, ó imitar á Inglaterra y tomar en el estrecho de los Dardanelos un punto que asegurase sus intereses y la libertad de los mares, como lo había hecho Inglaterra en el estrecho de Gibraltar.

Wellington hubo, pues, de sufrir lo indecible en estos momentos en que su partido le excitaba á una acción enérgica, á la guerra, á la guerra contra Rusia y Francia, cuando no encontraba en toda Europa un solo aliado.

Indudablemente Francia estaba resuelta á todo y creía llegado el momento de su revancha de 1815. Durante la guerra turco-rusa no se oía más que un

grito en los periódicos, en los círculos y en los cafés ¡la guerra! la guerra por la reconquista de la frontera del Rhin.

Débase tener por cierto que Francia y Rusia llegaron á ponerse de acuerdo sobre las eventualidades de una guerra europea, si bien no llegaron á firmar convenio alguno, aun cuando el borrador tal vez de ese convenio se encontró entre los papeles de Polignac al caer los borbones. Pruébese esto, el haber tenido el rey de Prusia que oponerse formalmente á las proposiciones que se le hacían de cambiar en caso sus posesiones del Rhin por la Sajonia y el Hannover, á lo que opuso Prusia un jamás tan franco y tan resuelto, que cortó para siempre toda tentativa de negociación sobre el particular,—3 de Enero de 1830.

Rusia y Francia no habían por lo visto comprendido la política prusiana, que, como Rusia, también ha marchado siempre en línea recta á su fin, fin conseguido por Prusia en 1870, y que Rusia no pudo conseguir en su última guerra contra Turquía. El espíritu alemán, de patria alemana, ya lo hemos visto tenía en Rusia su genuina representación, y mal podían, por consiguiente, los que estaban dis-

puestos á hacer que fuera verdad la canción patriótica que dice á Francia: «no, tú no poseerás nuestro Rhin alemán,» á entregar precisamente á Francia la orilla izquierda del Rhin.

Sobre si pudo ó no ser consecuencia de esta inteligencia el paso de los franceses á la Argelia, hoy los legitimistas franceses han sostenido la afirmativa, para probar que sin la revolución de Julio los borbones hubieran devuelto á Francia las fronteras de la República, pero los rusos han sostenido siempre la negativa sobre tales alianzas, que se comprende hoy se hayan propalado en desprestigio del partido liberal francés por sus adversarios. Sin embargo, como en principio estuvieron de acuerdo entrambas potencias, se puede hacer el honor al último gobierno de los borbones de haber aprovechado su alianza con Rusia para recuperar la frontera del Rhin, pero sin olvidar que Prusia había ya dicho que ella no abandonaría jamás voluntariamente sus estados rhinianos, en los que tantos sacrificios había hecho para alemanizarlos y no sin fruto.

Dadas estas circunstancias, se comprende que fuera Grecia la que sufriera de esta disposición de ánimo de las potencias. Inglaterra, que todo lo veía negro, estaba de muy mal humor para hacer la buena parte á Grecia. Desde luego puso su veto á la cesión de Samos, que desde el principio de la insurrección no había visto un turco, como á la de Candía, en donde tan fatal suerte tuvieron siempre los helenos. Respecto de la cesión de la Akarnania, tampoco quería oír hablar y fué preciso pasar por la independencia de esa Grecia tan mutilada, porque Inglaterra no quería pasar por otra.

Así sucedió que tras infinidad de candidaturas al trono de Grecia, cuando se llegó á la única candidatura formal, á la de Leopoldo de Coburgo, y se obtuvo no sin repugnancia su adhesión, éste, al saber que se le quería dar por misión devolver á Turquía la isla de Samos y la Akarmania, renunció la ofrecida corona, declarando que él no quería ir á Grecia como un soberano impuesto, sino como un soberano querido y elegido por el pueblo que le llamaba. Decía elegido, porque los gobiernos aliados imponían sus convenios á Grecia á pesar de las declaraciones de Kapodistrias que declaraba no tener facultades para comprometer á Grecia, que la Asamblea era la única soberana; pero Inglaterra insistía y á Kapodistrias solo se le ocurrió ponerse detrás del Senado para salvar los derechos del pueblo griego y sus pretensiones. De modo, que cuando se creyó que se había llegado al final, se encontró Inglaterra con que no se había hecho nada. Leopoldo

de Coburgo, á quien tenían los acontecimientos que se avecinaban preparada otra corona en la que no había nadie soñado, se quedaba de lado, y toda la cuestión territorial quedaba también como prendida de alfileres, pues no se sabía quién haría cumplir el acuerdo de las potencias,—21 de Mayo de 1830,—cuando de haber concedido á Leopoldo lo que pedía, esto es, una línea de frontera que fuera del golfo de Vols al de Arba y Samos, pues consentía en renunciar á Candía, esta cuestión griega tan expuesta á encender una guerra europea, quedaba resuelta en definitiva. Pero no se hizo así para hacerse esto más tarde en provecho del sucesor de Leopoldo, excepto por lo que toca á Samos, que al fin fué devuelta en 1834 á Turquía, que hizo para ella una constitución especial. ¿Pero por qué Wellington se oponía tan tenazmente al ensanche de la Grecia por la parte de la Akarnania? Vergüenza da decirlo en un país que le tuvo de general en jefe y en donde goza, á pesar de su inmensa gratitud, su memoria de la aureola del prestigio que alcanzara en la guerra de la independencia. Wellington ó Inglaterra no querían á los griegos en la Akarnania, porque esto les ponía sobre las islas Jónicas que Inglaterra había recibido en depósito y que, como Gibraltar, había resuelto que fuera ese depósito definitivo, y tenía que la vecindad de los griegos libres de la Akarnania, había de ser peligrosa para sus islas Jónicas. Hé aquí todo el secreto de su política en Grecia por este tiempo.

Comprometía por otra parte la situación de Grecia, la especial de Kapodistrias.

Kapodistrias era aún joven, tenía solo cincuenta y cuatro años, y era un jónico natural de Corfú. Cuando los venecianos perdieron estas islas, que fueron á parar en manos de los rusos, el joven abogado de la universidad de Padra, hijo de un abogado también, supo ganarse las simpatías de Mozenigo y entró en el servicio de Rusia. Al pasar las islas Jónicas á los franceses, Kapodistrias siguió al lado de los rusos, haciendo una carrera brillantísima debida á la pureza de sus costumbres, á su inteligencia y á su exquisita cortesía y urbanidad.

Dejar la Rusia y sus esplendores por la miseria de Grecia, era dar una prueba de desinterés y de patriotismo digna de tomarse en cuenta, y no se puede ser riguroso con lo que se ha llamado la ambición de Kapodistrias, pues éste tenía derecho á considerarse como el primero de los griegos, tanto por su historia como por el favor que le habían dispensado los griegos, poniéndole á su cabeza por siete años.

Hacer un cargo de lo que se han llamado las variaciones de Kapodistrias, de su bizantinismo, no nos parece fundado. Cuando Grecia necesitaba de todo el mundo, su presidente había de hablar el lenguaje de todo el mundo. Cuando Rusia tendía la mano á Grecia, Kapodistrias había de mostrarse celoso amigo del autócrata y de sus principios; cuando la mano que estrechaba era la de los Estados-Unidos, de Suiza y de Lafayette, Kapodistrias había naturalmente de resultar un republicano. El presidente de Grecia no sabía de qué parte estaba la salvación, y por esto giraba al impulso de los que iban sucediéndose unos á otros como los salvadores de la patria. Que Kapodistrias pensara en sí mismo y no en jefe alguno extranjero para Grecia, esto nos parece muy en su lugar. Por grande que fuera su ambición, la justificara su patriotismo. Después de todo, la sangre que tan abundante había corrido por los campos griegos, durante su heroica lucha por su independencia, era griega; los griegos, pues, habían de entender que no la habían derramado en provecho de un extranjero.

Claro está que las mismas pretensiones de Kapodistrias, habían de crearle en Grecia poderosos rivales, y que muchos espíritus mezquinos hubieran pasado gustosos por el más miserable príncipe extranjero antes que por su jefatura, pero esto no puede ponerse en la cuenta de los pecados de Kapodistrias, sino en las de sus antipatrióticos enemigos.

Hase dicho para legalizar la conducta de Inglaterra y de las demás potencias, decididas á atropellarlo todo para hacer su voluntad en Grecia, que Kapodistrias había inventado una asamblea para su uso. Cierta que la Asamblea que á mediados de Julio del año 1829 reunió en Argos, era su hechura. Cierta que la elección de su persona para el cargo de diputado, tenía todo el carácter de un plebiscito, pero ¿quién puede censurar que así se condujera Kapodistrias, fuera de los extranjeros que querían poner al frente de Grecia á un extranjero, ó de los malos patriotas que preferían un extranjero á Kapodistrias?

Vengamos al cargo que se ha hecho de haber intentado Kapodistrias descorazonar á Leopoldo de Coburgo, dándole claro conocimiento de las dificultades de su misión. En esto nosotros podemos ver tanto al ambicioso como al hombre honrado que no quiere engañar á un extranjero, tan digno y honesto como lo fué siempre Leopoldo. Leopoldo aceptó y Kapodistrias le llamó una y otra vez. ¿Es, se dice, que como él mismo declaraba, no quería

quemarse los dedos en la cuestión de la delimitación de las fronteras de Grecia?

¿Y qué? Si Leopoldo aceptaba la corona, ¿era justo dejar á Kapodistrias la tarea ingrata y penosísima de entregar á una parte de los héroes de la guerra de la independencia á Turquía? ¿Qué oficio es este de rey que no quiere estar más que á las buenas? ¿Si toda la responsabilidad de esta retrocesión había de ser para el que la consintiera, por qué no había de ser de Leopoldo, que prefirió renunciar su corona á consentirla, que no de Kapodistrias que se exponía á perderlo todo, sin ganar con ello ni el aprecio de un soberano que hubiera visto siempre en él al hombre odiado por sus compatriotas, por no haber sabido salvar lo que ya entonces se llamaba la unidad de Grecia?

Nada, pues, más natural que la reserva de Kapodistrias sobre indicar un sucesor de Leopoldo de Coburgo, si no se quería á él, no había de ser él quien fuera buscando un nuevo príncipe que necesitara por adelantado que se deshonrara un patriota griego.

Gervinius, que en toda su obra no puede ocultar que el autor es un alemán, y que por consiguiente padece de la monomanía de los patriotas de su país que no pueden sufrir ni á Rusia ni á Francia, Gervinius para dar á conocer al bizantino Kapodistrias, nos lo presenta entregado al emperador de Rusia, pero amén de esto trabajando siempre para emancipar á Grecia de la misma influencia rusa. ¿Fué otra por ventura la conducta de Kolokotronis? ¿Obró de otra manera Ypsilantis? ¿Estos no se hicieron partidarios de Rusia en odio á Inglaterra? ¿No era Inglaterra la que había prolongado hasta la agonía, la guerra de la independencia de Grecia? ¿Sin la guerra ruso-turca, quien puede asegurar que Grecia no quedara en definitiva sometida á la soberanía de la Puerta? Si Kapodistrias aceptaba esa semi-subordinación, es que Kapodistrias venía de San Petersburg, sabiendo que esta era la solución de Rusia, y de Rusia esperaba Kapodistrias la libertad total ó parcial de Grecia. ¿Esto le imponía el deber de someterse á Rusia en lo político, es decir, en lo relativo á la constitución interna de Grecia?

Kapodistrias no engañaba á nadie cuando se presentaba en las ceremonias públicas con el traje ruso y lleno de condecoraciones rusas. Aquello significaba una esperanza y más de una vez aquel uniforme hubo de dar fuerzas á los que desmayaban en medio de una lucha descomunal.

Todas las deudas de Grecia para con Rusia las pagó aquella mandando sus soldados á la frontera, en la